

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

BIARRITZ

Más coquetona que San Sebastián mil veces, conservando en medio de su lujo y su esplendor aristocrático dejes y matices que recuerdan el antiguo pueblecillo de pescadores, Biarritz atrae y convida a un veraneo más grato por muchos estilos que el de la capital de Guipúzcoa.

No es extraño que la situación de Biarritz cautivase a la emperatriz Eugenia instigándola a construir el palacio y el extenso y ameno parque convertidos hoy, por vicisitudes de la fortuna, el primero en fonda cara y el segundo en jardines y solares que explota el Ayuntamiento. He oído discutir acaloradamente las playas de Biarritz, su comodidad, su seguridad; tienen fama de pérdidas, pero en todo esto pueden entrar por mucho los inevitables celos de otras playas; lo que no cabe negar es que, a la puesta del sol, las de Biarritz ofrecen un espectáculo grandioso, hasta sublime. Escollos negros donde revienta el furioso oleaje; infinita extensión de un verde sombrío surcado por franjas de blanca espuma; sobre un arco natural de rocas, la imagen de la Virgen, que ha escuchado la plegaria de agonía de los naufragos ya casi hundidos en el abismo..., y al lado de estos furiosos, ensenadas tranquilas, arenales bonitos, casetas cucas, sillas galápagos de paja, orquestas que tocan mientras se baña la gente, siluetas de bañistas de lo más *coquettish*..., tal es el aspecto de Biarritz, pueblo tan español como francés, que parece haber heredado la personalidad mixta de la encantadora dama que lo puso de moda.

Aunque caído de su imperial esplendor, no desmayó Biarritz y continúa procurando captarse a los

extranjeros. En julio y agosto forman su clientela españoles; en septiembre, octubre y hasta muy entrado el invierno, Biarritz se inunda de ingleses. Las tiendas — que son primorosas — están consagradas mitad a España y mitad a Inglaterra. Esos desmesurados gemelos marinos, esos recios bastones de montaña, esos gorros informes que quitan el sol, a los ingleses se destinan; en cambio esas panderetas de moños rojo y gualda, esos abanicos con majas de traje bordado de lentejuela, esas sombrillas cuyo puño es un estoque de torero, son el genio de España traducido a un francés de folletín... Una tienda de verdaderos productos españoles, en Biarritz no existe: sería quizás un buen negocio, pero el caso es que aquí España aparece ataviada como la *Carmen* de Bizet.

Antes Bayona disputaba a Biarritz el privilegio del contrabando elegante. A Bayona era adonde las señoras iban para elegir el sombrero, el abrigo, el traje, y a gozar las deliciosas emociones del *paso por alto* en la frontera. Recomendaciones de amigos; estratagemas de todo género, de esas que la guerra justifica; habilidades florentinas y audacias españolas, todo se ponía en juego para evitar pagar los derechos de entrada de los trapitos que habían de lucirse en la próxima estación. Las modistas de Bayona, si tenían la suerte de vender mucho, en cambio tenían la desgracia de que antes de que cantase el gallo renegasen de ellas tres veces sus parroquianas: ningún pinga, apenas cruzada la frontera, se vió que fuese de Bayona; el que menos se ufano con el nombre del difunto Worth ó con la marca de Doucet ó Laferrière. Esta misma superchería se repite hoy en Biarritz. Así que llega a Madrid, el género biarrés se vuelve parisense — puro, neto y legítimo, y sube en precio unas tres cuartas partes, — porque hay que decirlo en justicia, las modistas de Biarritz no son careras y trabajan bien — tan bien que facilitan el consabido *timo* de la procedencia parisense.

Tiene el *paso por alto* el picante atractivo de lo prohibido y un saborete dramático, un susto agradable. Es preciso desplegar habilidad suma y valerse de mil tretas para engañar a los *vistas*. Al borde de las faldas flamantes se cose un volante ajado, para demostrar que tocaron el suelo; en los cuellos se colocan golases lacias y encajes sobados y arrugados; a los sombreros se les pasa un agujón para enseñar la picadura; los zapatos se refriegan por la suela contra el piso, y parecen puestos; a guantes y medias se les quita la etiqueta, se enrollan, y ya pierden las trazas de nuevecitos que tenían. Si un moralista me pregunta qué opino de esto del contrabando, me veré apurada para responder. En primer lugar, el que no contrabandea para lucrarse, para comerciar con el género, está en distinto caso del que quizás realiza,

en uno de esos negocios de fraude, beneficios de miles de pesetas. La persona que sale de España, gasta dinero, paga el quebranto del cambio y sobre las mil molestias y perjuicios del viaje, por instinto cree que la menor compensación que lograr puede, es traerse un traje ó un abrigo algo más barato, y entiende que no incurre en pecado mortal al eludir disposiciones tan necesarias, pero tan molestas, como las del régimen prohibitivo aduanero. Algo significa el que gente honradísima, delicada en todas las demás cuestiones, incapaz de quitarle a nadie ni un céntimo ni un millón, no escrupulice en *pasar* sus compras, y no crea gravada su conciencia por trapo arriba ó trapo abajo.

Son en Biarritz las fondas menos caras y mejores que en San Sebastián: su mobiliario y su servicio ofrecen ese aspecto limpio y gracioso peculiarmente francés: más fácil sería encontrar en Biarritz una mosca blanca que un mantel sucio ó que una cara fruncida y poco amable en el personal de hospedería. Será efecto del interés, no lo niego; pero el francés que hospeda, chorrea miel y jarabe. Y así como hay poblaciones donde parece que no existen las personas acomodadas, pues por ninguna parte se las ve, en Biarritz se diría que no hay pobres; las calles están llenas de peripuestas damas y caballeros de trazas adineradas y finas, vestidos de buen paño inglés, con cuellos y corbatas de nivea blancura, y barbas bien cuidadas y relucientes. Las tiendas brillan, atestadas de objetos de precio, joyas, flores raras, guantería, perfumería de esa que seduce sólo por los envases de tallado vidrio y de porcelana exquisita; y a las cuatro la confitería y pastelería de moda deslumbra: parece un salón de Madrid, población de *first class ladies*, y donde las mesitas para el té, de británica pulcritud, invitan a la conversación confidencial, al íntimo cuchicheo.

¡Ah! Si queréis contrastes, pasad en Biarritz horas como las que yo pasé en compañía de mi buena amiga la condesa de Pinohermoso, dama de tanto entendimiento como alcurnia (y no es poco decir). Saboreamos los goces de la civilización, los mil encantos ino-

centes de un *confort* que a fuerza de delicadeza casi no parece material; pero al fin, recreos son, y complacencias refinadas, el paseo en coche por sitios amenísimos, la escogida mesa, el trato amistoso y cordial, el curiosear de las tiendas ricas y el delicioso refresco en horas de horrible calor, — y extraño fué el contraste entre este Biarritz y la nota melancólica, severa, casi sobrehumana, del *Refuge*.

¿Qué es el *Refuge*? — preguntaréis. — Cuando el coche avanzaba a paso lento por el camino que conduce a Bayona, entre bosques de pinos marítimos — el árbol gemido de mi tierra gallega, — hubo de sorprenderme una aparición singular. Era una moza, con una vaca que traía sin duda del pasto; pero lo extraordinario consistía en que la zagala vestía hábitos y tocaba monjiles, y encima de ellas la resguardaba del sol amplio capacho de paja, el *paillisson* de las aldeanas bearnesas. — ¿Monja ó pastora? — pregunté. — Las dos cosas — me respondieron. — Estas son las obreras laboriosas que trabajan para las abejas reinas; la labor de estas vaqueras de rosario en cinto sostiene a sus hermanas contemplativas, las Cartujas. — ¡Cartujas en Biarritz! — Cartujas, sí, a dos pasos de Biarritz; cartujas con su eterno silencio, sus rigurosas maceraciones y sus hábitos blancos. Ya las veremos.

Y vimos, en efecto, las dos órdenes que constituyen el *Refuge*. Las primeras (creo que llevan el nombre de Siervas de María) hacen todo lo que pueden para ganar el sustento. Cultivan, venden y alquilan plantas de salón; ejecutan equipos de novia; planchan, bordan, cosen; pueblan de pinos los bosques, llevan el ganado al pasto, labran la tierra, recogen arrepentidas y enseñan a leer y escribir a los niños. Habitan un modesto convento con hermosa iglesia y alegre jardín; salen y entran con libertad, tienen el color sano y jovial el rostro, y sonríen cuando se las mira, como para decir que su yugo es ligero, que viven dichosas. Las segundas se han retirado a un lugar más solitario, donde los pinos espesan su sombra y comunican al paisaje solemne tristeza. No quieren ser turbadas en su contemplación del *más allá* y en sus diálogos con lo infinito. Al entrar en el jardín de las Cartujas — jardín que en vez de bancos y estatuas ostenta tumbas que resaltan sobre el césped y que adorna una cruz formada de guijarros, — todos hablamos en voz baja, como si entrásemos en un templo. Las primitivas celdas

son cabañas cubiertas de paja, con suelo de arena, sin más muebles que la dura tarima, una silla, un jarro para el agua y una fuente ó semipalanganas para el aseo. Sobre las enlucidas paredes se destaca una gran cruz de madera negra, y estas palabras en francés: *¡Dieu seul!* ¡Dios sólo!

Todo lleva allí el mismo sello de penitencia, de austeridad y de desnudez: en el comedor no hay más adornos que unos calvarios, trabajo hecho en papel por las monjas, y que los cartujos españoles de las Batuecas ejecutaban con corcho; la vajilla es una escudilla de barro y unos cubiertos de palo, todo muy limpio; en esa escudilla la cartuja come una pitanza

inverosímil, algo entre cañamones y lentejas, en cantidades que no se miden ni por el apetito ni aun por la necesidad estricta, sino por lo que se puede llamar voto de hambre perenne. Y pálidas, con los ojos bajos, el blanco hábito lleno de polvo, se deslizan las penitentes como fantasmas, procurando que no las veamos y buscando la soledad de algún bosquecillo, el amparo de alguna cabañita de esas que la humedad y las tisis determinadas por ella les ha obligado ya a abandonar, sustituyéndolas por otra morada que apenas se diferencia de la antigua.

Esto sucede a dos ó tres kilómetros de Biarritz. Las noches de fiesta en el Casino, tal vez, si el aire sopla de este lado, pueden las solitarias oír algún acorde de la música, si no lo cubre el rumor de las olas. Ved que con razón hablaba de contrastes. Biarritz es lo que se llama *une ville de plaisir*: ¿quién sospecharía tan cerca a las cartujas, a la última palabra de la mortificación, del desprendimiento de todo lo humano, de la negación de todas las vanidades?

No quiero que se me olvide decir que en el *Refuge* conservan una *Madre de dolor*, ó para hablar en castellano, una *Dolorosa* española, regalo de nuestra renombrada Sor Patrocinio, que pasó allí algún tiempo durante su emigración, a consecuencia de la revolución de Septiembre. Los franceses no saben imprimir carácter tan dramático a las efigies, y todos los santos del *Refuge* parecen de cartón al lado de aquella descolorida y romántica Virgen, de lacerado pecho y fúnebres vestiduras negras.

EMILIA PARDO BAZÁN